





LOS
VIKINGOS





LOS VIKINGOS



RÉGIS BOYER

Traducción de Silvia Kot

Boyer, Régis

Los vikingos / Régis Boyer. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : El Ateneo, 2018.

400 p. ; 23 x 16 cm.

Traducción de: Silvia Kot.

ISBN 978-950-02-0959-5

1. Historia de Europa. I. Kot, Silvia, trad. II. Título.

CDD 94



Los vikingos

Título original: *Les vikings*

Autor: Régis Boyer

© Editions Perrin, 2002

Traductora: Silvia Kot

Diseño de tapa: Eduardo Ruiz

Derechos exclusivos de edición en castellano para América Latina

© Grupo ILHSA S. A. para su sello Editorial El Ateneo, 2018

Patagones 2463 - (C1282ACA) Buenos Aires - Argentina

Tel: (54 11) 4943 8200 - Fax: (54 11) 4308 4199

editorial@elateneco.com - www.editorialelateneo.com.ar

1ª edición: junio de 2018

ISBN 978-950-02-0959-5

Impreso en Grupo Ilhsa S. A.,
Comandante Spurr 631, Avellaneda,
provincia de Buenos Aires,
en junio de 2018.

Queda hecho el depósito que establece la ley 11.723.

Libro de edición argentina

Índice

Introducción	9
--------------------	---

PRIMERA PARTE

Historia

1. ¿Cómo los conocemos?	15
2. ¿Quiénes son y de dónde vienen?	41
3. Las causas y las primeras manifestaciones de la expansión vikinga	71
4. El tiempo de las colonizaciones y las institucionalizaciones (900-980), y el de las grandes incursiones (980-1050)	171

SEGUNDA PARTE

Civilización

5. Las estructuras de la sociedad vikinga.	243
6. La cultura doméstica	265
7. La vida pública	289
Conclusión	371
Mapas	395



Introducción

Se ha escrito mucho sobre los vikingos, especialmente desde hace algunas décadas, a menudo sin conocimiento de causa y en general a partir de ideas fijas y falsas, complacientemente mantenidas por los propios escandinavos y también por nosotros, en virtud de un romanticismo impenitente alimentado por filmes norteamericanos y vagas reminiscencias medievales sacadas de su contexto. Una fascinación oscura e irresistible nos lleva a confundir a los “piratas del Norte”, los “descubridores llegados del frío”, con “los grandes bárbaros blancos” que mencionaba Chateaubriand. El “mito vikingo” revela nuestras fiebres históricas y literarias, aun cuando la información progresa: nosotros no queremos enterarnos. Hay, por definición, algo excesivo en la imagen que tenemos de los “orgullosos hijos del Norte” que, sin duda alguna, revolucionaron la historia occidental entre los siglos IX y XI.

Esa es la razón de ser de este libro. La idea es analizar objetivamente el tema en sus dos frentes: la historia y la civilización, que están estrechamente unidas. No se pretende agotar la cuestión, que es muy amplia y de una enorme complejidad, y aún espera, en muchos aspectos, explicaciones que solo puede ofrecer

una difícil conjunción de ciencias muy diversas. Pero no está prohibido, ni es presuntuoso, denunciar los errores más comunes concernientes a este fenómeno, ni tampoco intentar mostrar lo que constituye su especificidad y explicar su éxito. La tarea es doble: tratar de informar, por supuesto, pero también, y sobre todo, desmontar las leyendas y desmitificar. Esto no significa que se puedan aclarar completamente los innumerables misterios que rodean a la historia de los vikingos, pero al menos habremos intentado disipar las demasiado famosas “brumas del Norte”.

Debemos insistir, ante todo, en tres puntos.

El “fenómeno” vikingo se produce a lo largo de unos dos siglos y medio, desde alrededor del año 800 hasta alrededor de 1050; las fechas habitualmente propuestas para delimitarlo son el 8 de junio de 793, ataque a la abadía de Lindisfarne en Northumberland, y el 14 de octubre de 1066, batalla de Hastings. Este largo período corresponde a un momento vital para Europa: liquidación del Imperio carolingio, época abasí y, luego, la primera etapa feudal y el establecimiento progresivo de lo que se convertirá en un conjunto de Estados fuertes y centralizados. En esos dos siglos y medio se produjo una marcada evolución del fenómeno en cuestión: de las primeras incursiones vikingas a las grandes incursiones danesas, pasando por las colonizaciones sistemáticas (Danelaw, Islandia, Normandía, Rusia, etc.), no hay mucha continuidad, al menos visible. Tampoco hay grandes semejanzas entre un Ragnar Lodbrok más o menos legendario, un Leif Erikson el Afortunado y un Hroerek-Rurik. Por lo tanto, es abusivo incluir bajo una misma denominación, bastante confusa, por otra parte, a hombres y acontecimientos que no tienen demasiados denominadores comunes.

Tampoco se pueden mezclar indiscriminadamente en los vocablos “escandinavo” o “vikingo”, aunque existan evidentes semejanzas orgánicas entre ellos, a suecos, daneses, noruegos y luego islandeses. Pertenecían y siguen perteneciendo a etnias diferentes; a pesar de la relativa uniformidad de su idioma, sus intereses no eran los mismos y sus modos de actividades diferían notablemente, aunque sus historias se mezclaran a menudo.

En tercer lugar, el éxito de la aventura vikinga no fue el resultado de una explosión *ex nihilo*, aunque hubiera sido favorecida por una combinación de circunstancias realmente excepcional: como se sabe, la historia ofrece a veces esas conjunciones sorprendentes y singulares. Sin embargo, hay que suponer que todo eso tiene una base histórica y cultural en el sentido amplio. Este será, por otra parte, el punto de partida de nuestro trayecto: los escandinavos que se embarcaron en sus *knarr* o *skeid* a principios del siglo VIII eran hijos de una larga tradición. Tenían una prehistoria, cuyas enseñanzas analizaremos, y eran herederos de un espíritu que fue, en definitiva, el verdadero artífice de su éxito. Y la situación estaba “madura”, tanto en ellos mismos como en toda Europa, para que se manifestara un fenómeno de esa clase.



PRIMERA PARTE

Historia





¿Cómo los conocemos?

En primer lugar, debemos analizar una de las ideas presentadas en la Introducción: cualquiera sea su naturaleza, el movimiento vikingo no se presenta a lo largo de doscientos cincuenta años como un frente unido. Hasta los especialistas difieren sobre las fechas de articulación: parece establecido que ese fenómeno pasó, en general, por cuatro fases sucesivas, al menos en sus manifestaciones más importantes. Según los teatros de operaciones y el origen preciso de los interesados, pueden haberse producido confluencias, superposiciones o desfases, pero en su conjunto existe en la materia una especie de sincronización, muy sorprendente aunque bastante común para el conocedor de las realidades nórdicas antiguas.

Se ha establecido convencionalmente el punto de partida en la incursión contra la abadía de Lindisfarne (Northumberland), donde se encontraban las reliquias de san Cuthbert, el 8 de junio de 793. El *Anglo-Saxon Chronicle* dijo sobre 793: “En ese año, aparecieron terribles presagios en Northumberland y atemorizaron tristemente a los habitantes: se produjeron extraordinarios relámpagos y feroces dragones fueron vistos en los aires. Una gran hambruna siguió pronto a esas señales y poco después, ese mismo

año, en los idus de enero [error manifiesto por junio], los asedios de los paganos destruyeron la iglesia de Dios en Lindisfarne mediante la rapiña y el asesinato”. Luego se produjeron los pillajes de otros monasterios.

Dije que el punto de partida es convencional, porque se encuentran diversas señales de actividad mucho antes de 793 y, por razones de simple sentido común, no es concebible que el movimiento se iniciara abruptamente en ese año. Los historiadores destacan esa fecha porque tienen mucha información sobre los acontecimientos de Lindisfarne gracias a cinco cartas escritas sobre este tema por Alcuino de York. Este monje de Northumbria vivió en la Galia franca y dirigió más tarde la escuela del Palacio de Tours. Describió así las reliquias profanadas, “los cuerpos de los santos pisoteados en las calles como estiércol”, los ornamentos saqueados, los sacerdotes masacrados, los testigos llevados en cautiverio o chantajeados: “Hace casi trescientos cincuenta años que nosotros y nuestros padres habitamos este amado país y nunca apareció en [Gran] Bretaña un terror comparable al que hemos sufrido ahora de una raza pagana, como tampoco habríamos creído posible semejante incursión venida del mar”. Se advertirá que es un clérigo quien así nos informa, por el tono adoptado y la palabra “paganos”.

El punto de partida está marcado, entonces, por los ataques contra lugares ricos y sin defensa. La generalización del procedimiento, antes mencionado, da a entender algo que se omite con demasiada frecuencia: los vikingos estaban perfectamente informados sobre las condiciones de vida de sus futuros clientes o víctimas. Conocían la capacidad de resistencia de las poblaciones, habían visitado como mercaderes los países que eventualmente

irían a desvalijar, tenían un agudo sentido de la táctica a adoptar en función de las condiciones adversas y sabían cómo condicionar a sus posibles víctimas. Describiremos con alguna precisión su táctica: esta no tenía nada de gratuito o espontáneo. Visto con perspectiva histórica, sorprende comprobar que no atacaban en cualquier momento, ni en cualquier lugar, ni a cualquier persona.

Estas simples observaciones justifican ya las dificultades de presentar el fenómeno en su conjunto, la variedad de las teorías expuestas y las periodizaciones que cambian prácticamente con cada autor. Digamos también que los procedimientos varían según el país originario que se considere: Dinamarca, Noruega o Suecia. Hasta lo que se sabe, los noruegos procedían en pequeños grupos bajo la autoridad de un jefe o reyezuelo (quizás el famoso “rey del mar” o *saekonungar* de las sagas). Se trataba de saqueadores ocasionales que, en principio, trataban de establecerse en alguna parte: veremos que su objetivo era, en última instancia, la colonización. Partiendo de la región de Bergen, tomaban preferentemente un camino al oeste, para llegar a las islas del Atlántico norte (Shetland, Orcadas, Hébridas) y, desde allí, por el oeste de Gran Bretaña, a Irlanda, Galia y España, y a partir de 870, Islandia, Groenlandia y (tal vez) América del Norte. Los daneses estaban mucho mejor organizados y sus jefes disponían a menudo de “flotas” relativamente numerosas. Estaban interesados, sobre todo, en el rendimiento financiero de sus expediciones: un gran botín, y luego, esos tributos que se llamaron *danegeld* (pago a los daneses). Sus empresas no tenían un carácter aventurero, sino más bien político: pretendían aumentar su riqueza y por lo tanto su poder, al regresar a sus tierras. Partían de Schleswig o de la región de Limfjord, se internaban en el mar del Norte por el

sudoeste, pasaban por la costa oriental de Inglaterra —que luego llevaría su nombre, Danelaw, territorio sometido a la ley (*law*) de los daneses (*Dane*), el nombre que les aplicaban indistintamente a todos los escandinavos— o atravesaban la Mancha para descender por la costa occidental de la Galia. Un punto muy interesante sobre el que habrá que volver: retomaban la ruta tradicional de los comerciantes frisones. En cuanto a los suecos, eran comerciantes por excelencia que explotaban todos los medios de obtener dinero: el comercio propiamente dicho, el pillaje y también ofreciéndose como mercenarios, una característica en la que es necesario insistir. Su principal objetivo era establecerse en “factorías”. Parecen haber estado bien organizados, en especial para ejercer la administración. Partían sobre todo de Gotland, centro político y comercial famoso desde hacía mucho tiempo, y frecuentaban la costa báltica (Grobin, Apuole), o bien zarpaban de Suecia central (Uppland, Roslagen) para llegar al fondo del golfo de Finlandia, y luego, a través de la complicada red de los lagos y ríos rusos, al lago Ládoga, a Nóvgorod y finalmente al mar Caspio. O seguían el Dvina, luego el Dniéper (con la ciudad de Gnezdovo), pasaban a Kiev, llegaban al mar Negro y después de atravesarlo, llegaban a Constantinopla. Además realizaban largas incursiones en el este, ya que hay testimonios de su presencia en Taskent, Samarcanda, Bujará, Bagdad, etc.

Para hablar del reino del mar, ya que el mar es aquí el personaje central, no me referiré a “períodos”, sino a olas sucesivas: este concepto responde mejor a la idea de lenta sucesión de confluencias, que ya he sugerido. En líneas generales, cualquiera sea el criterio elegido, hubo tres olas con una pausa marcada entre la segunda y la tercera: esto constituiría “cuatro” períodos. Casi

todo el mundo está de acuerdo en esto: las divergencias solo se refieren a las fechas de delimitación, que dependen del criterio elegido por el observador. Por mi parte, he optado por evaluar el fenómeno en razón de los intereses comerciales de los vikingos, una característica que considero fundamental, y en ese sentido, indico en las siguientes líneas la periodización que propongo.

OLAS SUCESIVAS

Una primera ola iría aproximadamente de 800 a 850. Como el principal objetivo de este libro es mostrar que los vikingos eran comerciantes que se convirtieron poco a poco, y por las circunstancias, en piratas, podemos decir que este fue un período de tanteos. Digamos otra vez que desde 793 los escandinavos realizaban el tráfico de las mercancías que podían vender y sus barcos estaban en condiciones de transportar, tanto hacia el oeste como hacia el este. Alrededor del año 800, descubrieron que sus antagonistas habituales ya no eran secundados por un poder centralizado y fuerte. Entonces empezaron a ponerlos a prueba, al principio con algunos saqueos aislados, que la evolución natural de las cosas transformó progresivamente en incursiones cada vez más extensas, con internadas en las islas situadas cerca de los lugares “interesantes”. Los suecos trataron de abrir rutas comerciales fructíferas, los noruegos sondearon las posibilidades de eventuales colonizaciones, los daneses parecieron echar las bases de una expansión de carácter fundamentalmente político. En todas partes, los navegantes fundaron centros comerciales especializados, que podían considerarse factorías.

A partir de 850 y hasta fines del siglo IX, se produjo una especie de toma de conciencia recíproca del fenómeno y de sus posibles consecuencias. Del lado escandinavo, se trató de una explotación sistemática de las primeras conquistas, y del lado contrario, de una organización coherente de la resistencia o bien de un clima de terror complacientemente alimentado por sacerdotes que pensaban, en parte con razón, que estaban asistiendo al final de una época. En los lugares donde hubo resistencia (el sur de Inglaterra, España, por ejemplo), los vikingos no insistieron. Seamos claros: en ninguna parte fueron conquistadores en el sentido normal del término, si bien no hay que olvidar que su reducido número se los impedía. En ninguna parte se les podría acreditar una resonante victoria militar. Pero donde no encontraban adversarios decididos a hacer pagar caro una posible derrota, cumplían lo que parecía ser su principal objetivo: sacarles grandes cantidades de dinero a las regiones que devastaban. Era el *danegeld*: el botín en sí mismo no importaba tanto como el hecho de hacer pagar a las poblaciones sumas cada vez más grandes para obtener su libertad. Con el tiempo, la táctica se fue refinando: durante la tregua establecida mientras los vencidos reunían el dinero necesario para pagar, se dirigían a otras regiones a las que luego extorsionaban.

Esta segunda ola es fundamental. En ese momento, los vikingos tomaron conciencia de su fuerza (o más bien de la debilidad de sus adversarios), se organizaron y sus empresas adquirieron una conciencia política. Al mismo tiempo y como por efecto de las circunstancias, se operó un cambio hacia lo que podría llamarse una variante mucho más militar del fenómeno: los vikingos debían contratar cada vez más efectivos para los diversos frentes. Pero esto no disminuyó en nada el aspecto comercial y depredador del

fenómeno. Al contrario: este se generalizó y se desarrolló. Se dirigían hacia una colonización, inminente en varios frentes, sobre todo en Islandia. Dinamarca y Noruega intensificaron las incursiones brutales y las devastaciones sistemáticas, y los suecos se encaminaron hacia el establecimiento de lo que sería el sistema “rusy”.

Siguió una larga tregua, desde alrededor del año 900, con una clara anticipación de casi un cuarto de siglo en el caso de Islandia, hasta cerca de 980, que fue un período de instalación y colonización: este último término define muy bien el objetivo buscado por los escandinavos. Esto ocurrió en Islandia, Groenlandia, Normandía, Danelaw, alrededor de Nóvgorod y de Kiev, y en Irlanda del Sur. No sería pertinente hablar aquí de una política consciente. Simplemente, como los países invadidos quedaban extenuados y no podían pagar más, o estaban desorganizados y conocían las indiscutibles cualidades de administradores de los vikingos, dejaban que estos se instalaran en forma definitiva, que se ocuparan en su nombre de administrar los negocios y fundaran Estados, tratando de obtener el reconocimiento oficial de los soberanos locales. Estos ponían en general tres condiciones: que los escandinavos se bautizaran (cosa que la mayoría aceptaba, más por política que por convicción), que se adaptaran a las situaciones feudales preexistentes (por lo general, lo hacían, aunque con importantes matices, que a veces daban origen a Estados modernos) y que prestaran una colaboración eficaz a la defensa del territorio, en particular contra otras bandas vikingas (esto lo hacían siempre, y de buen grado). Los daneses desempeñaron en este caso el papel más importante –con la colaboración de los noruegos o sin ella, según los lugares–, mientras que los suecos se establecieron y luego se dejaron absorber, en Rusia.

En esos años, los vikingos desempeñaron un papel fundamental en la historia de Europa: por su conversión más o menos interesada al cristianismo, el Norte ingresó al universo occidental y generó una literatura y un arte de primer orden. Por otra parte, los *danegelds*, al obligar a los príncipes y altos dignatarios eclesiásticos a vaciar sus tesoros, pusieron en circulación una masa prodigiosa de metales preciosos y esto relanzó al comercio internacional hacia nuevas direcciones: el tipo original de administración, organización y legislación que aportaron los recién llegados llevaría definitivamente a Occidente hacia lo que sería un día su rostro moderno.

La tercera ola, que marca el cuarto período y se extendió desde 980 hasta alrededor de 1050, no se ha explicado demasiado bien. En realidad, solo involucró a los daneses hacia el noroeste y a los suecos hacia el sudeste. Se trató de una fuerte acción de hegemonía danesa sobre el conjunto de Escandinavia y sobre Gran Bretaña, por un lado, y de la gran expedición misteriosa sueca al Asia musulmana, por otro. Noruega fracasó, en Clontarf, en obtener la posesión de Irlanda y debió conformarse con el eje Islandia-Groenlandia-Vinlandia (eventualmente).

Si se sostiene que la razón de ser de todo el fenómeno vikingo desde sus orígenes era de orden financiero, parece que solo hay una explicación válida en esta última fase: la búsqueda de nuevas rutas comerciales (Serkland –como llamaban al califato abasí–, Mediterráneo, Groenlandia) y el establecimiento de nuevos centros comerciales (Inglaterra). Por diversas razones, los vikingos regresaban a sus hogares una vez hecha su fortuna, como consecuencia de los cambios políticos internos de Escandinavia, deteniendo así el movimiento, o por el contrario, si se trataba

de colonizaciones, se establecían en los diversos lugares, por un fenómeno de cristalización y asimilación irreversibles: los escandinavos eran demasiado pocos y su asombrosa capacidad de adaptación los condenaba, en cierto modo, a la fusión en medio de poblaciones mucho más numerosas que ellos. Aunque duró hasta mediados del siglo XII, con oleadas breves y dispersas, puede decirse que el fenómeno vikingo propiamente dicho termina hacia 1030, o a lo sumo, en 1050. La conquista de Inglaterra por Guillermo el Bastardo, también conocido como Guillermo el Conquistador, que algunos consideran el punto final de esta aventura, ya no es un fenómeno vikingo o escandinavo.

Hemos esbozado brevemente aquí los hechos que este libro se propone analizar con mayores detalles. Debemos ser prudentes: nunca se insistirá bastante en decir que estamos muy poco y muy mal informados sobre la realidad de los hechos, que muy pocas fuentes pueden tomarse al pie de la letra, y por lo tanto, el historiador debe pasar rigurosamente por un tamiz todos los “documentos” de los que dispone, para desmitificar al vikingo.

¿DE QUÉ FUENTES DISPONEMOS?

Paradójicamente, y a contrario de una opinión bastante generalizada, las fuentes escritas no son las más interesantes. Hasta el punto de que podría decirse en principio que pocas fuentes son verdaderamente admisibles y pueden ayudar a avanzar en el estudio de la cuestión.

La arqueología

En realidad, debería ser la primera, si no la única ciencia adecuada para iluminar el tema. Siempre que sus conclusiones no sean tajantes y, sobre todo, que los aportes de otras disciplinas, como la filología, por ejemplo, y algunas fuentes escritas explotadas precisamente a la luz de los descubrimientos arqueológicos, la respalden, puede ofrecernos bases seguras para poder reconstruir la realidad. No por eso habrá que aceptar a ciegas todas sus explicaciones, ni disimular sus insuficiencias: a menudo es difícil datar los hallazgos del suelo, aun con los métodos más modernos, como el carbono 14 mejorado, para estar seguros de que el objeto estudiado realmente se inscribe en el período vikingo, muy corto a escala arqueológica. Esos hallazgos en el suelo son en sí mismos muy heterogéneos, ya que provienen casi siempre de yacimientos muy frecuentados y por lo tanto es difícil atribuirle un estrato determinado a tal o cual objeto. Además, muchos asentamientos vikingos están recubiertos por ciudades actuales, como Bergen en Noruega, Odense en Dinamarca y Quentovic en Francia. Es probable que aún quede por descubrirse la mayoría de las reliquias en el suelo: cada año nos trae una nueva cosecha, como ocurrió durante la reforma de un muelle en Bergen o en trabajos de urbanismo en York. Y hay que decir que el estado de los objetos exhumados es a menudo deplorable y la información de los “descubridores” suele pecar de ignorancia.

El historiador británico Peter Sawyer señala que muchos yacimientos fueron destruidos y luego reconstruidos, y ya no representan de ninguna manera al original, y que muchos otros no han sido excavados en forma metódica y completa. Destaca el caso de

la ciudad danesa de Hedeby, de una importancia capital: solo se excavó el 5% del yacimiento. Sin embargo, el rendimiento fue impresionante: restos de 250.000 animales, entre ellos, 100.000 cerdos, 540 kilos de esteatita en total, en 3400 fragmentos, y unos 4000 cuernos. Estas cifras enormes mueven a la reflexión: el lugar parece un enorme basurero en el que hay pocos objetos de valor y es difícil discernir qué corresponde al tráfico vikingo. En el puerto se descubrieron 69 monedas y una bolsa de cuero que contenía 42 matrices de bronce diferentes, destinadas a fabricar objetos de plata, oro, etc.: un hallazgo mucho más interesante, que da a entender que la ciudad solo mostró lo que se tiraba, mientras que el puerto es mucho más explícito. En ocasiones se encontraron a más de cien metros de distancia los fragmentos de una misma vasija, en capas superpuestas a dos metros una de otra. De modo que la estratigrafía, en la escala extremadamente fina que se debe adoptar, no es muy convincente. Aunque la dendrocronología permite datar diversas construcciones de madera, algunas vasijas rápidamente clasificadas como eslavas por su forma o su decoración son, en realidad, de origen local, según la proveniencia del material del que están hechas. Se deben excluir las afirmaciones demasiado categóricas. Y no hablo de yacimientos que fueron parcialmente examinados hace un siglo, sino de aquellos en los que solo ahora se empieza a realizar una investigación sistemática, como los de Birka, en Suecia.

De todos modos, solo la arqueología puede jactarse de éxitos tan indiscutibles como la exhumación de barcos vikingos (el *knarr* de Gokstad, en Noruega, por ejemplo), la identificación y la restitución de establecimientos comerciales de una importancia capital (Helgö, Hedeby), la interpretación, tras su descubrimiento,

de tesoros (Terslev, Kaupang), la reconstrucción de tumbas individuales o colectivas (Jelling, Lindholm Høje), y de campamentos fortificados (Trelleborg, Odense, Aggersborg, Fyrkat, todos en Dinamarca). Y se sigue avanzando: a las ya mencionadas Bergen y York, podemos agregar Dublín, que en este momento es objeto de fructíferas investigaciones.

La numismática

Esta ciencia, que estudia las monedas y las medallas, exhuma desde hace algunos siglos una cantidad prodigiosa de piezas de todos los orígenes, aisladas o reunidas en “tesoros” que los propietarios habían enterrado por seguridad. Un estudio estadístico de esos hallazgos y un análisis competente de los gráficos obtenidos proporcionan pruebas patentes de las actividades tanto comerciales como bélicas de los vikingos. Nos dan también valiosas informaciones de orden cronológico: en general, es bastante sencillo datar las monedas y su procedencia suele ser conocida. Por ejemplo, la moneda árabe encontrada en la tumba número 581 de Birka permite obtener la fecha antes de la cual esa tumba no pudo haber sido cavada. La numismática proporciona, por sí misma, la prueba de la súbita interrupción de las actividades vikingas hacia el final del siglo x, correspondiente al advenimiento del tercer “período”: en ese momento, las fecundas minas de plata árabes se habían agotado. Desapareció entonces una de las principales razones de ser de las incursiones de los vikingos, y para perpetuarse, el fenómeno debió entrar en una nueva fase: la colonización propiamente dicha.

La filología

Habrà que desconfiar aún más de la filología y de los terrenos en los que se aplica: toponimia, antroponimia y rinología. Nada es más fácil que darle un sentido “vikingo” a determinadas palabras, y es un vicio que sufren muchos normandos de Normandía. Los nombres de lugares y de personas deben manejarse con una prudencia extrema, evitando todo delirio imaginativo y sobre todo, verificando la antigüedad del término usado. Por dar un ejemplo: un estudio atento de los topónimos y sobre todo de los microtopónimos (de pequeñas localidades) de Normandía debería proporcionar pruebas de la implantación escandinava en esa provincia. Pero el territorio de Rollón fue objeto de invasiones sajonas medio mileno *antes* de la implantación vikinga. Sin embargo, como el antiguo sajón y el antiguo escandinavo, que son lenguas germánicas, no eran todavía totalmente diferentes en el siglo x, es imposible decir si determinado topónimo es nórdico o sajón. La filología solo puede tomarse en cuenta cuando hay testigos que corroboren sus conclusiones. En ese caso, puede hacer un aporte valioso. Por ejemplo, el fundador del principado de Nóvgorod-Holmgard se llamaba Hroerek, eslavizado como Rurik; sus hijos, Helgi (eslavo: Oleg) e Ingvar (eslavo: Igor) y el hijo de este último, Sviatoslav: esto basta para establecer que en tres generaciones, los escandinavos (suecos en este caso) fueron eslavizados, y para deducir que los varegos (nombre de los vikingos cuando operaban en el este, y no en el oeste) se asimilaron rápidamente. Las resistencias también son interesantes: aunque Cork, Limerick, Waterford y Wexford, en Irlanda, son escandinavos, Dublín (*Dubh-Linn*, “la bahía negra” en celta) es puramente

celta y la forma escandinava de la palabra (la Dyflinn de las sagas) es inequívoca.

Existe un dominio de la filología que merece una gran atención, pero que también debe considerarse con el mayor discernimiento: la rinología. Porque, con excepción de algunos poemas escáldicos, las inscripciones rúnicas son los únicos testimonios “escritos” que emanan de los propios vikingos, estrictamente contemporáneos de sus expediciones. Los especialistas aprendieron a datar con precisión esos monumentos epigráficos, sacaron el mayor partido posible de los diversos terrenos de la actividad humana, especialmente en cuanto a las incursiones, en el oeste y en el este. La distribución de los hallazgos, que está lejos de haber finalizado, puede ofrecer orientaciones útiles, como también el estudio de los motivos decorativos que suelen acompañarlos, porque obedecen en general a la evolución de lo que podemos saber del arte escandinavo. Sin embargo, y sin detenerme en las inevitables tonterías que suelen decirse sobre esas inscripciones (su carácter necesariamente mágico, por ejemplo), en general difíciles de interpretar, su carácter lacónico no permite llegar a conclusiones perentorias y su objetivo más importante, conmemorar a uno o varios muertos, solo en algunos casos podría servir de fuente histórica. Pero son las únicas producciones “intelectuales” auténticas de los vikingos.

Las fuentes escritas

Las innumerables fuentes escritas, por indispensables que sean, son la verdadera causa de todos nuestros males. Como se las suele

utilizar sin discernimiento y se encuentran directamente en el origen de lo que debe llamarse, sin duda alguna, el mito vikingo, nos detendremos un poco en ellas.

En su gran mayoría, esas fuentes proceden de eclesiásticos, que en esa época eran, en general, los únicos que sabían escribir, y por lo tanto, redactaron los anales, las crónicas, etc., que debemos utilizar. Pero esos clérigos casi nunca eran objetivos, y eso cuando no deliraban simplemente, como los irlandeses. Procedamos en primer lugar *a contrario*: es notable que los documentos que emanan de observadores árabes no involucrados directamente en el fenómeno vikingo y que, por otra parte, supieron defenderse de él, nos ofrezcan de los “orgullosos hijos del Norte” un cuadro por completo diferente del que procede de los clérigos occidentales. Los diplomáticos de los dos califatos (Cádiz y Bagdad) nos presentan a comerciantes idólatras y hábiles, enérgicos navegantes, pero muy poco guerreros y menos aún militares organizados. Se dirá que se referían más bien a los varegos, pero es difícil ver el matiz que diferenciaría a estos de los vikingos. Pasemos al oeste: ya se dijo que los vikingos atacaban sobre todo a las abadías, los monasterios y las ciudades abiertas, donde robaban sin vergüenza los tesoros sagrados gracias a asaltos sorpresivos bien preparados, huyendo de inmediato después de incendiarlo todo. Sin hablar de los comentaristas que se escandalizaron porque no entendían que los “salvajes” paganos atacaran de ese modo los elementos sagrados, muy pronto se vio en ese flagelo la propia mano de Dios que castigaba a la cristiandad por sus pecados. Una aureola satánica nimbó a los audaces saqueadores, que solo podían vanagloriarse de su astucia y su energía, no de una eventual superioridad técnica o “militar”. Se comprenden entonces las

deformaciones y las exageraciones, especialmente sobre la cantidad de los atacantes y su ferocidad. Así son las creencias que llegaron hasta nuestros días (por ejemplo, que bebían la sangre en el cráneo del enemigo), las leyendas indestructibles y todo el cúmulo de imágenes “bárbaras”, truculentas o terroríficas, que terminaron por hacer entrar en las plegarias jaculatorias el famoso *a furore Normannorum, libera nos Domine!* (“De la furia de los hombres del norte, líbranos, Señor”) que retomó, alimentó y aumentó a principios del siglo XIX el Romanticismo escandinavo. Algunos textos que nos hablan de los vikingos son un montón de inventos e imitaciones de fuentes clásicas o hagiográficas, y el sentido común nos impide tomarlos al pie de la letra. Por ejemplo, un aterrizado cronista irlandés escribió en el siglo IX:

Aunque hubiera cien cabezas de hierro templado sobre cada cuello, cien lenguas de cobre aceradas, intrépidas y jamás oxidadas, en cada cabeza, y cien voces habladoras, sonoras y nunca silenciosas en cada lengua, jamás podrían traducir ni contar ni enumerar las tribulaciones y las heridas y las agresiones que los irlandeses en general, hombres y mujeres, laicos y sacerdotes, ancianos y jóvenes, libres y no libres, debieron sufrir en cada casa de parte de esos seres temerarios, brutales y paganos.

Una de las consecuencias del género cultivado por estas fuentes es que al mostrar solo la “barbarie” de los depredadores, silencian todo lo demás: los hechos culturales de los vikingos, su modo de vida, pero sobre todo, los demás acontecimientos históricos estrictamente contemporáneos de las aventuras escandinavas. Por ejemplo, de las fuentes francas surge que los eslavos, los bretones,

los sarracenos y los húngaros eran mucho más temidos que los viquingos. En los *Anales de San Bertín*, al referirse al año 862, el autor relata en primer lugar los conflictos de Luis el Germánico con los vendos (eslavos): “Los daneses desolaron por la espada y el fuego grandes partes de su país [el de Luis]. Pero además, enemigos que antes eran desconocidos por esas poblaciones, los húngaros, devastaron sus Estados”. En lo concerniente a los sarracenos, el mismo texto señala para 842: “Los piratas moros que llegaron a Arles por el río Ródano, devastaron todo en la región y se retiraron con sus barcos cargados de botín”. En cuanto a los húngaros, que fueron uno de los grandes flagelos de Europa en el siglo IX, esto es lo que anotó el cronista y religioso francés Flodoardo de Reims en sus *Anales*:

Año 926. Los húngaros también, después de haber atravesado el Rin, asolaron hasta el pagus de Voncq [en Ardenas] por medio de saqueos e incendios. [...] Por temor a los húngaros, el cuerpo de san Remigio y las reliquias de otros santos fueron sacados de sus monasterios de Reims. [...]

933. Los húngaros se dividen en tres grupos: uno de ellos va a Italia, el segundo invade la tierra de Enrique del otro lado del Rin [...]

935. Los húngaros se esparcen a través de Borgoña, ebrios de pillajes, incendios y asesinatos. [...]

937. Se vio arder un punto del cielo, y a partir de ese mismo punto, se produjo una persecución de los húngaros a través de Francia; las ciudades y los campos fueron despoblados, las casas y las iglesias fueron consumidas por el fuego, llevaron a los prisioneros en masa [...]

951. Saliendo de Italia, los húngaros, después de atravesar los Alpes, entraron en Aquitania. Permanecieron allí casi todo el verano, arruinaron esa región con múltiples rapiñas y masacres, y luego regresaron a su país pasando por Italia. [...]

955. Los húngaros con muchas tropas y una enorme multitud entraron a Baviera con la intención de venir a Francia.

Lo importante es saber por qué los vikingos dejaron marcas tan profundas en el inconsciente colectivo. De hecho, ya hemos respondido: su táctica era más sorprendente y eficaz, se limitaban a objetivos muy precisos, y la Iglesia, inspiradora de los escritores que debemos consultar, era, por su vulnerabilidad mayor, su principal víctima. Además, los escandinavos apreciaban los metales preciosos por su peso y no por la calidad de la elaboración. Por eso tenían la costumbre de desmenuzar oro y plata para pesarlos: un carolingio ilustrado seguramente lo llamaría barbarie, y en algunos casos, sacrilegio. No sorprenden entonces las imprecaciones y los lamentos de los monjes Orderico Vital y Abón de Fleury.

Por otra parte, estas fuentes no hacen ninguna distinción entre los diversos aspectos del fenómeno que vilipendian: simples incursiones de piratería dirigidas por determinado individuo, expediciones de carácter político, incursiones al principio comerciales o penetraciones con un fin colonizador caían bajo el mismo anatema y provocaban idénticas hipérboles. El historiador moderno que desee ser objetivo debe realizar un muy paciente trabajo de cotejos, comparaciones y ajustes para no tomar un vulgar asalto a Nantes en un día de grandes festejos por un verdadero raid organizado.

Después de estas consideraciones generales, presentaremos las fuentes escritas disponibles.

En primer lugar, las fuentes francas, carolingias y luego normandas, que podrían llamarse también continentales. Se dividen en dos categorías: las que tienen pretensiones “históricas”, como los anales de toda clase, las del escritor franco Eginardo, las recopilaciones de Actas, como las de Carlos el Calvo o las de Carlos el Simple. Lo menos que se puede decir de todas ellas es que ignoran la objetividad. Algunas contienen incluso descripciones falsas, de cronistas pagados por determinados soberanos para exaltar sus propias dinastías. La otra categoría es aún más sospechosa: son los innumerables relatos de carácter hagiográfico, las *vitae*, que muestran santos cuyas vidas fueron conmovidas por los conflictos con los vikingos. El género literario de la *vita*, ciertamente el tipo de lectura más popular de aquella época, es muy conocido y obedece a reglas fijas. Obviamente, el santo era al mismo tiempo un blanco de las exacciones de los “bárbaros” y los vencía. Para extraer conclusiones sustanciales, es necesario entonces leer entre líneas los relatos de Ermenterio, el biógrafo de san Filiberto, o Remberto, el biógrafo de san Anscario. No hay que negarles todo valor a estos textos: la *Vita Anskarii*, por ejemplo, es un documento de primer orden, pero es importante prestar atención a la grilla de lectura que se le aplica.

Los mismos defectos presentan las fuentes anglosajonas o célticas: estas últimas tienen una marcada tendencia a dar libre curso a la imaginación. Sin embargo, los anales irlandeses, escoceses y galeses pueden tomarse en cuenta, siempre que se los analice con discernimiento. Los agregados que hizo el rey Alfredo el Grande a su traducción de la *Historia universal* de Orosio son de un enorme interés. En cuanto a las fuentes baltoeslavas, destacamos la

famosa *Crónica rusa primaria*, llamada *Crónica de Néstor*, compilada a principios del siglo XII.

En cambio, como dije, este libro recurrirá a menudo a las fuentes árabes, es decir, los informes que enviaron en la época que nos interesa los diplomáticos de los califatos “en ejercicio” en las regiones varegas, o a los escritos de historiadores o geógrafos árabes.

Por último, están las fuentes escandinavas propiamente dichas, que deben agruparse en diferentes géneros que conviene examinar por separado. Pero se impone una observación de conjunto: con pocas excepciones, proceden de lo que se ha convenido en llamar, con justicia, el milagro islandés: un milagro por la calidad incomparable de esa inmensa producción que no tiene equivalente en ninguna parte de Occidente; un milagro, porque el fenómeno ha desafiado hasta hoy todos los intentos de explicación, y también porque esa abundante literatura, despiadadamente analizada hasta el último detalle desde hace varias décadas, no es un testimonio histórico seguro, a pesar de la ilusión de autenticidad que logra darnos.

Hemos conservado cierta cantidad de códigos de leyes escandinavas que podrían remontarse a la época vikinga, como las leyes de Jutlandia, de Escania, etc., o el *Grágás* islandés, la *Gutasaga* gotlandesa y tantas otras. Hoy sabemos que, en la versión que poseemos de ellos, esos textos son posteriores a los vikingos –uno o dos siglos por lo menos, en general– y pudieron sufrir las influencias del derecho romano, e incluso de los textos bíblicos. No decimos esto para negarles todo valor, sino para alertar contra una fe demasiado ciega en sus preceptos. Lo mismo vale para toda la producción historiográfica escandinava en sus comienzos, que debe entenderse en función de sus autores, sus probables intenciones

y el momento preciso en el que escribieron. Tomemos un ejemplo: el sacerdote Ari el Sabio, que tenía una evidente inclinación eclesiástica y nacionalista, escribió en su *Íslendingabók* (*Libro de los islandeses*) que los primeros colonizadores escandinavos de Islandia encontraron la isla desierta, con excepción de algunos *papar* (monjes irlandeses), a los que expulsaron: se pensó que estos se encontraban allí en virtud de una de las reglas del monaquismo céltico. Sin embargo, la arqueología islandesa está encontrando pruebas de una presencia celta larga y duradera mucho antes de 874. Se entiende que Ari eludiera ese tema: quería exaltar las virtudes de la Iglesia nacional islandesa, a la que pertenecía, otorgándole en cierto modo sus cartas de nobleza. Pero el hecho de saber que los celtas conocían la isla desde hacía mucho tiempo, y por lo tanto, pudieron contribuir a la formación de la cultura islandesa, replantea la perspectiva de nuestra comprensión del tema.

Lo mismo ocurre con las sagas islandesas, testimonios importantes usados para presentar a los vikingos. Digamos enseguida que las sagas no son documentos “históricos”, pero a veces muestran a vikingos auténticos, como Egil Skallagrímsson, héroe de la saga que lleva su nombre, o el rey Olaf Tryggvason, Olaf I de Noruega. Algunas de estas sagas, llamadas sagas reales (*konungasögur*), cuyo punto más alto es la colección reunida bajo el título de *Heimskringla*, del gran escritor Snorri Sturluson (1179-1241), pretenden describir las venturas y desventuras de los países escandinavos precisamente en los siglos IX y X. Pero debemos desmitificar sin piedad este género si pretendemos hacer aquí una obra histórica. En síntesis: las sagas, todas las sagas, fueron escritas entre 1150 y 1350, es decir, de uno a tres siglos después del final de la era vikinga. Además, al final de largos

debates, la crítica actual terminó por coincidir en el hecho de que esos textos fueron escritos como una atenta imitación de la historiografía bíblica y clásica, así como de la hagiografía medieval. Aun cuando tengan el aspecto de trabajos “históricos”, son libros “escritos” muy conscientemente, obras de arte, obras maestras literarias nunca igualadas. Querer convertirlas en otra cosa sería traicionarlas. Son prodigiosas minas de información en todos los terrenos, pero hay que aprender a leerlas entre líneas, y lo que tienen de indiscutiblemente histórico es la mentalidad de sus autores, sus actitudes hacia las tradiciones que deben describir, y probablemente la concepción del hombre, de la vida y del mundo que nos proponen.

Un ejemplo: la más bella de estas sagas reales es, sin duda alguna, la de Olaf Haraldsson el Santo (Olaf II de Noruega), protagonista de muchos otros textos. Los editores actuales de este texto consideran su deber señalar la parcialidad de su autor y el valor de ejemplo político para los islandeses que defendió. Esto no significa que las características vikingas de Olaf, sobre todo en su juventud, sean falsas, sino que hay que leer esta saga en función de los objetivos que tenía Snorri Sturluson, y no como una especie de crónica imparcial de los hechos.

Existen otras sagas reales que no interesan a nuestro propósito: las “sagas de contemporáneos”, que se desarrollan en los siglos XII y XIII en Islandia, o las “sagas caballerescas”, que son adaptaciones de los cantares de gesta, la Materia de Bretaña, el Ciclo de Alejandro o las novelas de Chrétien de Troyes. Otras son, según lo admiten los propios autores, en general anónimos, pura ficción: son las sagas llamadas legendarias, de los tiempos antiguos, que idealizan a sus héroes: son ellas, sobre todo, las que

contribuyeron a edificar el mito vikingo. Queda decididamente descartado, entonces, basarse en una saga, cualquiera sea, para escribir la historia de los vikingos. Se la puede consultar sobre diversos puntos, usarla como refuerzo de otras pruebas más seguras, descubrir bienvenidos puntos de encuentro entre sus afirmaciones y las de otros testimonios, etc. Pero a mi juicio, en el estado actual de nuestros conocimientos, ningún texto de saga puede autorizarnos a escribir una historia de los vikingos, y ni siquiera una tipología del vikingo. Podríamos decir lo mismo de los poemas éddicos y también de los poemas escáldicos, aunque estos últimos nacieron entre los siglos IX y XI.

Sé que puedo decepcionar gravemente al amante de antigüedades en la acepción tradicional del término y al fanático de los vikingos, pero estos no salen disminuidos del trabajo de desmitificación que realizo. ¡Al contrario! Pero el interés evidente que sin duda merecen debe dirigirse a imágenes distintas del superhombre invencible, flagelo de Dios, terror de Occidente, incluso fundador de la caballería: una característica que se le quiso endilgar al vikingo, entre otras aberraciones. Bastará un solo ejemplo: se dice que al vikingo le gustaba beber sangre en el cráneo de su enemigo y esa imagen de terrible crueldad quedó arraigada en nuestro inconsciente colectivo. Sin embargo, hay aquí un error anodino: en un poema que se le atribuye erróneamente, Ragnar Lodbrok se habría jactado de beber cerveza (¡cerveza, no sangre!) en “la rama curva del cráneo”: era un *kenning*, es decir, una figura retórica obligada en ese tipo de poesía, para decir “cuerno [de buey]”. Esto fue suficiente para provocar el delirio de los comentaristas.

La lectura superficial o apresurada de las fuentes ha generado demasiadas exageraciones grotescas: por eso deben leerse esas

fuentes con una mirada crítica. Adán de Bremen, por ejemplo, tenía un fuerte prejuicio antinoruego, porque Noruega se resistía a obedecer al arzobispado de Hamburgo, del que dependería por un tiempo toda la Iglesia del Norte recientemente convertida. Así presenta a Olaf Tryggvason, a quien reconoce, sin embargo, como el primer evangelizador de su país:

Algunos aseguran que Olavus era cristiano, y otros, que abandonó el cristianismo. Pero todos afirman que era hábil en materia de adivinación, observaba el resultado cuando se echaba a suertes y ponía toda su esperanza en los pronósticos que ofrecían los pájaros. De hecho, dicen que se dedicaba también a la práctica de la magia y tenía como compañeros, entre la gente de su casa, a todos los magos de los que está cubierto este país, y que, embaucado por el terror de estos, pereció.

Todo este texto merece atención: antes del pasaje aquí citado, reconoce que Olaf se convirtió en Gran Bretaña y muestra la importancia de la magia en el paganismo escandinavo. Pero la imagen que nos ofrece de su personaje es restringida y todo parece indicar que no corresponde a la realidad.

Del mismo modo, alrededor de 1200, el clérigo danés Saxo Grammaticus compuso sus notables *Gesta Danorum* en dieciséis tomos: los nueve primeros deberían interesarnos. Hay muchas cosas para rescatar y explotar, sobre todo en lo referente a las antigüedades míticas danesas. Pero a este autor le interesa exaltar a la Iglesia de su país, y todo lo que nos relata está deformado por una mirada partidaria. Tanto Saxo como su amigo Svend Aggesen eran fanáticos nacionalistas que deformaron las

“realidades” de las que partían, inclinándolas hacia objetivos daneses. Decididamente, los únicos libros verdaderamente útiles para nosotros son los que provienen de observadores verdaderamente imparciales: pienso en los árabes, una vez más, o en el *De administrando imperio* (hacia 950) del basileus Constantino Porfirogéneta.

Para terminar con la cuestión fundamental de nuestras fuentes, me referiré al ejemplo irlandés y las considerables dificultades que presenta la explotación de esos documentos. No existe ningún manuscrito original de esas fuentes: de las que nos hablan de los vikingos, solo poseemos copias posteriores. Y en lo que respecta a los textos islandeses que tratan un tema irlandés, debemos recordar que no fueron redactados antes de la segunda mitad del siglo XII. En cuanto a los anales irlandeses, son posteriores en dos siglos a los hechos que relatan. Algunos son incluso copias del siglo XVII. Por otro lado, su sistema de datación era impreciso e incluso la arqueología nos confunde. Es evidente que mantenían vínculos con el Norte, en especial con Noruega, mucho antes del final del siglo VIII. Hasta el punto de que un fenómeno como el “milagro islandés”, ya mencionado, podría deberse a un tipo de fusión lograda, siempre muy fecunda en la historia de las civilizaciones, entre dos culturas. ¿Cómo distinguir después entre lo que correspondía a los escandinavos y lo perteneciente a los celtas?

Se me perdonará el haber insistido tanto sobre el problema que plantean nuestras fuentes. Repito que proviene de una doble preocupación: tratar de conocer la verdad, por supuesto, pero también terminar con el cúmulo de leyendas o distorsiones complacientes que llevaron a falsear nuestra percepción del fenómeno. Solo cuando las fuentes coinciden sobre un hecho de cultura

(en el sentido amplio del término), sobre un acontecimiento o un personaje, podemos sentirnos autorizados a decir que pisamos terreno firme. Todo el resto pertenece a la imaginación, a la leyenda, al mito.

Pero me interesaba situar la perspectiva en la que me colo-
co para tratar de satisfacer la legítima curiosidad del lector. Y
también para responder ahora a las preguntas concretas que se
plantearán.

